

Líbrros y Revístas

CRONICA DE LIBROS

MARCEL BRION | "La Vie d'Attila" | Librairie Gallimard | n. r. f. | París, 1928.

La vida europea—no cabe dudarlo—carece de hombres—de hombres forjadores de "pueblos", plasmadores de razas. En Europa todo está plasmado y creado y, por consiguiente, huelgan las personalidades señeras. Los "héroes" resultan anacrónicos en esta época en que la democracia no está en crisis, sino en que hace crisis. Y en ese estado de conciencia europea nada más tónico y energético que la presencia "de los héroes que ya no existen". La fecunda escuela de Plutarco parece ser, en este momento, la refutación más categórica de la "deshumanización del arte". La abundante floración de biografías ilustres es, más bien, algo "humano, demasiado humano", aunque esos héroes que representaron el papel de Don Juanes de la Historia, aparezcan como otros tantos convidados de papel.

Si, como dice Waldo Frank, no hubo sino una cultura cuya matriz fué el Mediterráneo y cuyos confines fueron Judea, Roma, Grecia, Alejandría, los héroes a que nos referimos están comprendidos—digámoslo así—dentro de lo oriental y occidental de las razas. Europa fué el crisol, el molde donde se vació la fundición de multitud de pueblos; fué el campo donde se derramó el caudal de savias y de detritus múltiples, para que germinase y floreciese esa complicada arquitectura de la vida occidental, con sus religiones, su arte, su filosofía, su ciencia, sus idiomas.

Cuando Europa, o sea el Occidente—la latinidad,—a fuerza de plasmarse, se petrifica en dogmas impertinentes; cuando envejece y se cristaliza en instituciones reaccionarias, formalistas y "bizantinas", viene del Oriente una avalancha que con sus sacudidas vio-

lentas derriba y desmorona lo apollado y caduco y con su plasma vitalizador prolifera en la floración de una etapa nueva. He aquí, cómo el elemento asiático es indispensable a la vida, al devenir Occidental. Por eso vemos también, cómo el rasgo más persistente de estos tiempos, sea el que ha señalado con mano poderosa la personalidad más definida y organizadora: Lenin,—un oriental. La grandeza tradicional de los latinos ya no existe. Su ápice más culminante fué César y su institución más característica, el Imperialismo. Esa máquina de manejo tan fácil que cualquier advenedizo puede llevarla a extremos imposibles.

Entre los convidados de papel, toma asiento, esta vez, junto a la mesa de la imaginería heráldica, la figura legendaria y nómada de Atila. Este hecho significa nada menos que una reivindicación. Para los Padres de la Iglesia, para el cristianismo que recién afirmaba su influencia temporal y espiritual en Occidente, Atila fué una personalidad de condenación, la encarnación del espíritu rebelde de Satanás. Posteriormente muchos negaron su existencia; pero la Iglesia necesitaba de un vencido que le otorgase prestigios de vencedora y combatiente, y de aquí que resultase una caricatura truculenta de esta personalidad exótica. Y en verdad, todas las circunstancias contribuían a esa caricaturización: su figura, sus costumbres, su reinado sobre hordas un tanto simiescas que se alimentaban con carne apenas recalentada por el sudor de sus caballos pequeños, lanudos y ágiles como flechas.

Pero en este momento de su reivindicación, Atila no aparece, precisamente, como ese guerrero impetuoso y arrollador que ha pintado la historia, como ese salvaje "flagelo de Dios" que pasaba dejando en la tierra una huella de esterilidad. A Atila le faltó,